



5ª etapa de nuestro Camino de Santiago que nos va a llevar, en un primer trayecto de 8 km, de Palas del Rei a Leboreiro y de aquí, tras 7 km más, a Melide, dónde vamos a degustar un pulpo rico.

Amanecemos el 24 de mayo en Lugo dispuestos para la 5ª etapa de nuestro Camino. Partimos de la calle de la Reina de esta ciudad romana fundada en el siglo 25 a.C. Tomamos el autobús que traspasa la muralla romana, un muralla que conserva íntegra la totalidad de su perímetro, y nos conduce a Palas del Rei punto de partida de esta nueva etapa.

Palas de Rei es un lugar muy unido a la cultura castrense y donde se dice murió, a manos del rey visigodo Witiza, el padre de Don Pelayo, primer monarca asturiano. Este municipio perteneciente a la comarca de Ulloa, que seguro a todos nos suena por la famosa obra *Los Pazos de Ulloa* (1886) de E. Pardo Bazán, era el lugar de reunión, según el *Codex Calixtinus*, de os concheiros que tiempo ha hacían la ruta a caballo. Aquellos intrépidos peregrinos se reunían antes de iniciar la última etapa de un viaje que seguro no había estado libre de sobresaltos, pues aun, Elias Valiña Sampedro (1929-1989), el cura de O Cebreiro, no había realizado esa impagable tarea de pintar las flechas amarillas que indican el camino.



Palas del Rei. Monumento a los antiguos concheiros que hacían la ruta a caballo, (foto de la autora)

Partimos de este municipio castrense tras reunirnos bajo el monumento a los antiguos concheiros y lo abandonamos caminando por la Avenida de Compostela. Nos introducimos en una senda rodeada de eucaliptos y robles que nos conducen hasta la Iglesia románica de finales del XII: San Xulian do Camiño.



Iglesia Xulian do Camiño, (foto de la autora)

Tras una breve parada para inmortalizar el monumento con nuestras cámaras y aligerar las vejigas, seguimos camino y atravesamos un bosque acompañados del canto de las oropéndolas que, si bien es fácil escucharlas, no así verlas; pues como me cuenta Ángel, uno de nuestros guías, es un ave escurridiza que difícilmente se deja ver.



Oropéndola (imagen: wikipedia)

Avanzada la mañana, llegamos a Leboreiro donde se halla la Iglesia románica de Santa María de Leboreiro. Se trata de un pequeño templo románico de una nave con un ábside circular cuyo techo es de madera; y la figura de María en el tímpano de la puerta.



Santa María de Leboreiro (imagen de la autora)



Tímpano de Santa María de Leboreiro (imagen de la autora)

Tras la visita del templo de Leboreiro seguimos nuestra ruta y tenemos un pequeño incidente, una compañera se cae víctima del agua que había en el suelo en una zona angosta con una leve pendiente, lo que originó un tapón. Por suerte no tuvo mayores consecuencias. Reanudamos el camino y pasamos el puente medieval de un solo arco del siglo XIV. Un puente construido sobre el río Seco que se encuentra en Desicabo, lugar perteneciente a Leboreiro.



Momento del incidente, (imagen de la autora)



Puente sobre el río Seco, Leboreiro (imagen de la autora)

De puente a puente. Seguimos avanzando, ya en la postrimería de nuestra ruta, adivinando el olor del pulpo que nos espera en el restaurante Garnacha de Medile que, a la postre va a resultar un poco “fiasco”. Y así, *pasín a pasu*, arribamos al puente de San Xoán de Furelos; un puente romano sobre el río que le da nombre, Furelos, que está considerado como una de las joyas del Camino. Un puente romano de cuatro arcos reconstruido en el Medievo que tiene una longitud de 50 m.



Puente de Furelos, (fotos de la autora)



A partir de este punto donde nos reagrupamos, iniciamos ruta por asfalto en Melide, fin de nuestra 5ª ruta, en busca del avituallamiento del día. Lo que vemos de camino al restaurante no tiene encanto alguno. Ciertamente es que el entorno por el que ha transcurrido esta jornada, una ruta boscosa en compañía del canto de los pájaros y el sonido del agua en su discurrir por los ríos, es incomparable con el asfalto.

Antes de ir al restaurante se hace obligada la visita al autobús para dejar mochilas y enseres y, a la vez, cambiarse de zapatos, cosa que los piecillos agradecen mucho. Tras ello, nos acomodamos en la mesa a la espera de saborear ese octópodo del que nos habían hablado maravillas; no en vano, nos encontramos en la zona de la que se dice es la mejor del país en la que se puede degustar el pulpo.

Tras servirnos las bebidas, comienzan a poner platos en la mesa, uno para cada cuatro. Comenzamos con empanada gallega y croquetas que, sin preguntar, multiplicaron por tres. Más tarde nos sirvieron un cuarto de tortilla española que fácilmente podría pesar cada ración 300g. Todo ello, rico, rico. Por último, nos sirvieron el tan deseado pulpo, imaginad cómo estaba ya nuestro apetito. Al igual que los otros platos, nos sirvieron una tabla por cada cuatro, pero solo una. Aquí sí nos preguntaron que si queríamos repetir. Imaginad la respuesta. Sin duda, la anécdota del día. Terminada la comida nos dirigimos al hotel a descansar antes de reanudar la actividad de la tarde.

Después del receso visitamos la muralla romana que circunda el casco antiguo de la ciudad más antigua de Galicia. Más tarde la catedral. Un edificio con planta de cruz latina y tres naves, crucero y girola que alberga cinco capillas. Este monumento construido en los siglos XII y XIII de origen Románico aglutina también los estilos barroco y neoclásico.

Tras la visita a la catedral finaliza una intensa jornada que bien merece un buen descanso para poder acometer la 6ª y última etapa de nuestro Camino.

Mª Carmen Rodríguez Andrés